



### **Salafismo. La mundanidad de la pureza**

Luz Gómez García. Catarata. Madrid, 2021. 286 pág.

Mediante una revisión de la historia y un análisis de las fuentes primarias islámicas (el Corán y los hadices), Luz Gómez cuestiona el concepto de salaf (predecesores) que reivindica la corriente salafista. No solo dicho concepto no aparece como tal en el Corán, sino que el concepto mismo ha sido objeto de una apropiación por parte de los salafistas para distinguir entre los verdaderos seguidores de la Sunna y los demás. Si bien esta corriente sostiene que es la única vía auténtica para ser un verdadero musulmán, no deja de ser una construcción doctrinal moldeada por distintas autoridades salafistas a lo largo de los siglos cuyo doble objetivo ha sido la “depuración del pasado y la purificación del presente”. De este modo, los salafistas han creado sus propios métodos de selección e interpretación de los hadices, sus propias autoridades y su propio lenguaje.

Bajo esta perspectiva, recuerda la plétora de retos a los que diferentes figuras prominentes del salafismo y del wahabismo han tenido que enfrentarse como el racionalismo ilustrado, el fin del califato en 1924, la lucha anticolonial o la irrupción de cuestiones relacionadas con el modo de gobernanza perfectamente islámico o la relación entre lo civil y lo religioso. En un contexto marcado por multitud de mutaciones culturales, económicas, políticas y sociales, el salafismo ha buscado promover un

ideario modélico, un dogma según el cual el salaf es “estático, inmutable, ajeno al contexto y las necesidades”. Sin embargo, esta pretensión no es otra cosa que una construcción textual mundana, es decir el fruto de determinadas circunstancias, épocas, lugares y sociedades. Luz Gómez detalla los contextos en los que los significados de los textos que sirven de referencia a los salafistas han sido transmitidos. Este proceso de construcción doctrinal fue complementado por una serie de prácticas que van desde la creación de hermandades para mantener la autenticidad que estas comunidades reclaman, a diversos rituales, formas de socialización e incluso de vestir y de hablar el árabe.

Si bien se ha conseguido dotar al salafismo de unos sólidos pilares para cohesionarlo y distinguirlo de otras corrientes, sería equivocado considerarlo como un bloque monolítico. En este sentido, la autora expone el mayor dilema al que se enfrentó el salafismo en el siglo XX: restringirse a un posicionamiento exclusivamente pietista o ser secuestrado e *in fine* absorbido por el wahabismo, corriente que se desarrolló en el siglo XVIII en Arabia Saudí e India y que comparte mucho con el salafismo. En su análisis de la relación entre ambas corrientes a lo largo del siglo XX, Luz Gómez se centra en las diferencias entre un salafismo en plena rearticulación en una era mundializada y transnacional y el wahabismo marcado por el sello nacional saudí. Subraya cómo la política hegemónica del reino saudí, respaldada por algunas instituciones como la Liga del Mundo Islámico y universidades de proyección global, permitió raptar el salafismo. En este contexto, el fin del siglo XX, marcado por el fin de la guerra fría y la segunda guerra del Golfo, constituyó un momento clave para la evolución del salafismo.

De hecho, la segunda parte de la obra se centra en las múltiples mutaciones del salafismo. Siguiendo la clasificación de Wiktorowicz, que distingue entre salafismo quietista/pietista, político y yihadista, la profesora examina la evolución del salafismo contemporáneo a través de los debates clave que marcaron el universo salafista. En

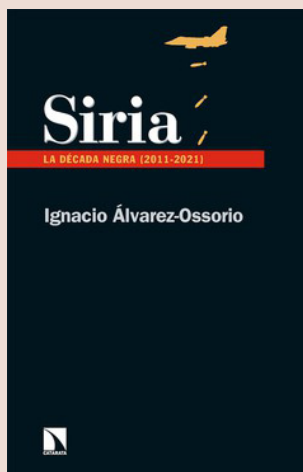
primer lugar, aborda las tensiones entre una multitud de salafismos nacionales (o incluso nacionalistas) que irrumpieron en el contexto de la lucha anticolonial y el desarrollo de un salafismo transnacional impulsado por el reino saudí. Este último, cuya expansión se notó en la segunda mitad del siglo XX, hizo hincapié en las prácticas sociales, los rituales religiosos, la vida comunitaria y el proselitismo (*dawa*) en detrimento de cuestiones fundamentales como la participación política. Esto explica por qué diversos regímenes autoritarios árabes trataron de domesticar el salafismo: como herramienta de control social permite mantener al margen actores potencialmente peligrosos para la salvaguardia de estos regímenes o incluso usarlos, como se hizo en Marruecos o Egipto, para contrarrestar la influencia de los Hermanos Musulmanes. El auge del madjalismo, corriente apolítica cuando se trata del régimen saudí y política cuando se trata de intervencionismo fuera del país (p.ej., Libia), es la mejor demostración de ello. Para parafrasear a Luz Gómez, este segmento de los salafistas ha acabado haciendo política de forma supuestamente apolítica.

Aun así, la cuestión de la participación política se ha planteado de forma destacable a finales del siglo XX y principios del siglo XXI. La guerra del Golfo, en la cual se planteó cómo tratar al enemigo (EEUU) cuando éste está en casa (Arabia Saudí), ha desempeñado un papel crucial al respecto. Conviene tener este contexto en mente para entender el desarrollo de la rama yihadista dentro de la corriente salafista. A nivel teórico, el análisis histórico de la autora permite trazar cierta continuidad entre el yihadismo de hoy y la eclosión del salafismo yihadista en Argelia en la última década del siglo pasado. Los yihadistas pudieron desarrollarse su corpus doctrinal mediante dos importantes maniobras intelectuales: por una parte, lograron convertir en obligación moral colectiva una serie de indicaciones contextuales y puntuales presentes en las fuentes primarias (p.e., la alianza exclusiva entre musulmanes) y, por otra parte, expandieron el uso del *takfirismo* (o anatematización)

de modo que desacredite cualquier individuo o gobierno que no siga su cosmovisión y justificar el uso de la violencia en su contra.

Finalmente, la conclusión reflexiona sobre el presente y posible futuro del salafismo. Según Luz Gómez, los salafistas han ganado la batalla por la identidad islámica. Explora cómo han convertido el carácter civil del Estado en una cuestión nacional, subraya su capacidad de reapropiarse del espacio público y, sobre todo, sostiene que esta corriente ha logrado empoderar al individuo salafista de tal modo que se convierte en un experto religioso “responsable de lo que lee y cómo lo lee”.

– *Moussa Bourekba, investigador principal, CIDOB*



### ***Siria. La década negra (2011-2021)***

*Ignacio Álvarez-Ossorio, Catarata, Madrid, 2022. 224 pág.*

Afirmar que el conflicto sirio es uno de los más complejos de la era contemporánea debido a su multiplicidad de actores e intereses no es ninguna exageración o imaginación, características presentes en el arte de *al hakawati*, la milenaria tradición oral del cuentacuentos sirio. Sería, por el contrario, una afirmación cargada de cruda realidad. Mucho más difícil es la tarea de entender el porqué de dicha complejidad y desgranar sus dinámicas, revelando las numerosas capas que conforman el conflicto.

Este ha sido uno de los objetivos de Ignacio Álvarez-Ossorio desde que publicó *Siria. Revolución, sectarismo y yihad* en 2016, cuando el conflicto se encontraba en uno de sus momentos más desbordantes de violencia. Ahora nos presenta una versión renovada y revisada bajo el título de *Siria. La década negra (2011-2021)*.

Álvarez-Ossorio brinda al lector la posibilidad de entender el contexto del cual emerge la “década negra”. La gestión de la “herencia envenenada”, como el autor llama al ascenso al poder y las políticas de Al Assad hasta 2011, se explora como uno de los causantes principales de las fracturas sociales, políticas, económicas y culturales que permitieron que las revueltas populares que sacudían Oriente Medio también encontraran suelo fértil en Siria.

El libro explora las dificultades, tensiones y contradicciones de una oleada anti-régimen heterogénea. “Al igual que había ocurrido en el pasado”, comenta Álvarez-Ossorio, “el régimen intentó manipular la heterogeneidad confesional de la sociedad siria dentro de la lógica del divide y gobierna”. Dicha manipulación de las identidades, junto a la “solución militar” –como se ha denominado al uso de la violencia para hacer frente a la disidencia– dará lugar a un conflicto con registros y dinámicas múltiples.

Uno de los grandes aciertos del libro es la capacidad de diseccionar y analizar los diferentes procesos, actores y dinámicas sobre el terreno sin caer en generalizaciones burdas o errores conceptuales. Álvarez-Ossorio dedica varios capítulos a la difícil tarea de trazar qué sucede en la revolución siria cuando aparece la violencia desenfrenada del régimen. El resultado es tan plural como lo es el propio país. Así, el libro contiene análisis detallados e informativos de los mecanismos no-violentos de la oposición siria, de su eventual militarización y de su descenso a la fragmentación y violencia fratricida.

Del mismo modo, no todos los actores opositores –incluso aquellos armados– buscaban los mismos objetivos y agendas políticas. Es especialmente interesante la lectura que hace Álvarez-Ossorio del fenómeno que denomina “la carta

sectaria”. Sin duda, éste es uno de los puntos que destacaría del libro: la instrumentalización sectaria abunda en el conflicto sirio y responde a la necesidad de movilizar a las masas y captar recursos externos. Responde también, como indica el autor, a una articulación histórica del antagonismo político en Siria y de su propia formación como Estado moderno. “La deriva islamista” de la revuelta, especialmente a partir de 2013, fue a su vez superpuesta por “la tempestad yihadista” ilustrada por el ascenso y caída de Estado Islámico.

La regionalización e internacionalización del conflicto sirio se analiza de manera muy pedagógica. El autor nos dibuja el conflicto sirio a través de sus conexiones regionales, desde la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí hasta el papel de Catar. En lo que llama “una nueva guerra fría”, el conflicto aparece como un gran tablero de intervenciones internacionales sobre el cual Rusia materializa su retorno a actor central en Oriente Medio. La esfera local también resulta clave para dibujar una cartografía a través de los acuerdos de evacuación, desmilitarización y altos el fuego a lo largo de la década.

La internacionalización del conflicto es crucial para explicar los bloqueos políticos a su resolución y, por tanto, sus catastróficas consecuencias humanitarias. También lo es para entender el presente más inmediato del país e imaginar sus posibles futuros. Aquí es donde Álvarez-Ossorio detalla dos procesos. Por un lado, el futuro de Siria parece condenado a resolverse a través del eje compuesto por Turquía, Rusia e Irán, los países que desbloquearán las líneas de conflicto territorial y armado que aún existen en el Norte. Por otro, la rearticulación del régimen se está llevando a cabo a través de la política de la reconstrucción, la gestión del retorno de los refugiados, y la rehabilitación diplomática. Todo apunta a que la idea de la “pax rusa” –el último concepto analizado por el autor– moldeará la transición a una eventual posguerra.

En resumen, *Siria. La década negra (2011-2021)* es altamente recomendado para aquellos quieran entender los procesos y actores que han llevado a uno de los países más